



30 años en Afganistán. Fotos de archivo del CICR en Afganistán, con relatos de Alberto Cairo

En respuesta a una solicitud de la *International Review of the Red Cross*, Alberto Cairo, jefe del programa de ortopedia del Comité Internacional de la Cruz Roja en Afganistán desde 1992, realizó una selección de imágenes del archivo fotográfico del CICR, que abarca las actividades desplegadas por la Institución en los conflictos en todo el mundo, desde 1860 hasta nuestros días¹. Actualmente, el archivo contiene más de 115.000 fotografías, disponibles en formato digital.

Alberto, nacido en Italia, cursó estudios de derecho antes de dedicarse a la fisioterapia. En 1987, se trasladó a Juba (Sudán), donde pasó los siguientes tres años al servicio del Organismo de Voluntariado para la Cooperación Internacional (OVCI), una organización no gubernamental italiana dedicada a los niños discapacitados. En 1990, ingresó al CICR, que lo asignó a su hospital quirúrgico para heridos de guerra, en Kabul. Aparte de una breve misión desempeñada para el CICR en Sarajevo, en 1992, Alberto nunca más dejó Afganistán. En 1994, durante la guerra civil en ese país, Alberto colaboró con el departamento de Seguridad Económica del CICR para asistir a los desplazados internos que se habían refugiado en Kabul. Hoy, Alberto Cairo está a cargo de los siete centros de ortopedia del CICR, creados en el marco de un programa que proporciona rehabilitación física a las personas discapacitadas y las ayuda a reintegrarse en la sociedad.

Con las fotos seleccionadas y sus relatos, Alberto nos ofrece una visión personal basada en las experiencias que adquirió durante su estrecha colaboración con la gente, a través de las diferentes etapas de la atormentada historia del Afganistán contemporáneo.

1 Las galerías fotográficas del CICR están disponibles en <http://www.icrc.org/spa/resources/photos/index.jsp> (consultado el 3 de abril de 2012).

Presencia del CICR en Afganistán

El CICR está presente en Afganistán desde 1979. Inicialmente, desplegaba sus actividades desde Pakistán, y en 1987 estableció su delegación en Kabul. Hoy, Afganistán constituye una de las mayores operaciones del CICR en todo el mundo. La Institución cuenta con más de 130 expatriados y más de 1.400 colaboradores nacionales, basados en Kabul y en otras 14 localidades en todo el país.

El CICR visita con regularidad los lugares de detención administrados por los países que contribuyen a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés), por las fuerzas de Estados Unidos y por las autoridades afganas. El objetivo de las visitas es evaluar las condiciones de detención y el trato que reciben los detenidos. En 2010, también empezó a visitar a personas detenidas por la oposición armada. Además, ayuda a los miembros de familias que han quedado separadas por el conflicto a mantenerse en contacto mediante mensajes de Cruz Roja y llamadas telefónicas, y procura localizar a los familiares que han desaparecido.

El CICR presta asistencia al hospital Sheberghan, en el norte de Afganistán, y al Hospital Regional Mirwais, en el sur, que dependen del Ministerio de Salud Pública. Unos veinte médicos, enfermeros y empleados administrativos expatriados trabajan en Kandahar y asisten al personal médico, administrativo y logístico del hospital Mirwais. El CICR también presta apoyo técnico y financiero a diez clínicas de la Media Luna Roja Afgana y a sus voluntarios de primeros auxilios basados en las comunidades, que prestan servicios de salud a los residentes de sus respectivas aldeas. Además, el CICR dirige cuatro puestos de primeros auxilios en las zonas en que persiste el conflicto.

Una de las actividades más importantes del CICR en Afganistán es la distribución de ayuda, en cooperación con la Media Luna Roja Afgana, en beneficio de decenas de miles de personas desplazadas por las hostilidades. Mientras tanto, los ingenieros hidráulicos del CICR trabajan en estrecha colaboración con las autoridades locales encargadas del abastecimiento de agua, en el marco de programas urbanos y rurales. Además, la Institución organiza sesiones de promoción de prácticas correctas de higiene en escuelas religiosas, centros de detención y en casas particulares.

Recordar a las partes en conflicto su obligación de proteger a las personas civiles y velar por su seguridad es parte fundamental de la tarea del CICR de promover el respeto del derecho internacional humanitario en todo el mundo. En Afganistán, la Institución promueve el derecho internacional humanitario en la sociedad civil, así como entre los organismos gubernamentales, las fuerzas armadas y los grupos de oposición armada en todo el país.



12/1989 © CICR/PIRALLA, Cédric

Provincia de Takhar. Los muyahidines de la etnia turcomana se preparan para luchar.

Tras la invasión rusa, que tuvo lugar en diciembre de 1979, la resistencia islámica se organizó de inmediato, con la ayuda de Pakistán y los países de Occidente. Un agricultor que asistía a su hijo herido explicó que, en su aldea, el comandante exigía al menos dos pares de manos de cada familia. Pregunté: “¿Y si alguien se rehúsa?” El hombre respondió: “Sea por vergüenza o por temor, nadie se niega. Además, ¿dónde podría esconderse?” El comandante detentaba el poder absoluto. Por otra parte, la única forma de evitar la conscripción por el gobierno era dejar el país o unirse a los muyahidines. La prensa extranjera no cesaba de alabar a los muyahidines, llamándolos campeones de la libertad, héroes intrépidos y mártires. Visto de cerca, el halo de santidad de los muyahidines perdía su brillo a medida que se revelaban las graves infracciones que cometían. El hecho de luchar por la independencia de su país no justificaba sus desproporcionados actos de represalia y venganza, en especial los bombardeos lanzados durante años contra la población civil de la Kabul sitiada. Al mismo tiempo, se acusaba a muchos jefes de amasar fortunas abiertamente, embolsándose los fondos de ayuda enviados desde el extranjero.



12/1989 © CICR/PIRALLA, Cédric

Provincia de Laghman. Una caravana de camellos lleva armas a los muyahidines.

Los rusos y el régimen comunista afgano trataban de detener a los convoyes que suministraban armas a los muyahidines. Sus intentos eran infructuosos, ya que la frontera entre Pakistán y Afganistán era imposible de controlar. Cuando, en 1992, Estados Unidos y Rusia acordaron no proporcionar más armas a las facciones afganas, Afganistán ya rebosaba de armas de todo tipo. Había minas terrestres sembradas por doquier, lo que hizo de Afganistán uno de los países más contaminados por minas del mundo. Este legado afectaría al país por mucho tiempo.



11/01/1989 © CICR/HALONEN, Pekka

Kabul. Un convoy del CICR transporta socorros para las personas detenidas en la cárcel de Pul-i-charki.

A partir de 1980, las embajadas de los países occidentales comenzaron a cerrar sus puertas una a una, y las empresas extranjeras, así como muchas organizaciones humanitarias, empezaron a retirar su personal. El establecimiento del CICR en Afganistán causó satisfacción y, al mismo tiempo, asombro. ¿Cuidar de los detenidos? ¿Con el permiso de las autoridades comunistas? Nunca habían oído algo así. Entre el miedo y la esperanza, los afganos comprendieron que se avecinaban cambios importantes.



01/12/1988 © CICR/FRESARD, Claire

Kabul. Hospital quirúrgico del CICR para heridos de guerra, Karte Seh.

Tras la invasión soviética de 1979, las autoridades afganas prohibieron la entrada del CICR al país, lo que obligó a la Institución a desplegar sus actividades desde Pakistán. Sólo se le permitió regresar en 1987, gracias a la política de “reconciliación nacional”. La Institución abrió de inmediato un hospital para los heridos de guerra. Allí, se veían milagros a diario. Las ambulancias del CICR salían de Kabul, cruzaban la línea del frente que rodeaba la ciudad, y llegaban a los puestos de primeros auxilios establecidos por los muyahidines en la campiña. Allí, recogían a los heridos y los llevaban a la ciudad, controlada por el régimen comunista. Las autoridades garantizaban el paso seguro de todos los que viajaban en los vehículos marcados con la cruz roja o que recibían atención médica en nuestro hospital, en un verdadero ejemplo de inmunidad diplomática. Nada mal, para una población cuyos miembros tenían fama de bárbaros. Recuerdo las conversaciones entre las enfermeras que viajaban en las ambulancias y el hospital, los diagnósticos preliminares, las órdenes de prepararnos para recibir y atender a los heridos en cuanto llegaran. Una vez recuperadas, esas personas eran devueltas a sus aldeas, del otro lado de la línea.



21/10/1990 © CICR/BREGNARD, Didier

Mujeres afganas lavando ropa en el río.

La atmósfera idílica de esta imagen es engañosa. La pesada carga de la guerra recae en las mujeres afganas. A menudo, al quedar libradas a sus propios medios para alimentarse a sí mismas y a sus hijos, tropiezan con prejuicios y tradiciones, y son doblemente castigadas: por la guerra y por las costumbres del país.



02/1993 © CICR/MULLER, Yannick

Un convoy del CICR procedente de Pakistán transporta medicinas destinadas a los hospitales de Kabul.

Después de que los muyahidines se apoderaron de Kabul en 1992, la vida siguió, pero siempre entre enfrentamientos. Los precios en el bazar aumentaron debido a la codicia de los comerciantes y a los elevados impuestos, que los muyahidines aplicaban cuando les venía bien hacerlo. En la carretera entre Kabul y Jalalabad, la única ruta para los envíos procedentes de Pakistán, había al menos veinte puestos de control donde las mercancías podían ser incautadas con total impunidad. Tratar de persuadir a estos hombres armados y agresivos de que respetaran los camiones del CICR que transportaban suministros médicos para los hospitales era una tarea ímproba. Varios vehículos fueron robados. La población, exhausta, aplaudía la llegada de los convoyes a Kabul.



20/05/1994 © CICR/GASSMANN, Thierry

Jalalabad. Campamento de Samarjel.

La guerra y los cambios de régimen han desplazado de manera sistemática a comunidades enteras. En 1994, cuando los muyahidines de Dustom y Hekmatiar atacaron las posiciones de Masood, miles de personas huyeron de Kabul a Jalalabad, seguidas, pocos días después, por los habitantes del valle de Tagab, que también se vieron obligados a abandonar sus hogares. Jalalabad quedó rodeada de campamentos de personas desplazadas, ciudades satélite en el desierto formadas por carpas: Farm-e-hada, Surj-dewal Muntaz, Camp-e-Tagab, Samarjel. El campamento más grande era el de Samarjel, con 30.000 residentes. El CICR proporcionaba a las personas desplazadas elementos esenciales, como agua potable, letrinas, alimentos y mantas. Cuando visité este campamento, tuve la impresión de estar presenciando una inmensa tragedia. Sin embargo, estas personas sonreían, decididas a no darse por vencidas.



23/05/1994 © CICR/GASSMANN, Thierry

Kabul, 1994. Un muyahidin atraviesa las ruinas con un niño.

El 1º de enero de 1994, la ciudad de Kabul se despertó a las 4.30 de la mañana. Por unos segundos, permanecí en mi cama escuchando los ruidos, el silbido de las bombas que pasaban sobre nuestras cabezas y los estallidos de los impactos. Conté las explosiones. Después de la décima, decidí bajar a la cocina, el lugar más seguro de la casa, y me puse los calcetines y una chaqueta. Cerca de la casa, se oía el tableteo de las ametralladoras. Pude oír gritos, tal vez órdenes. Un instante después, escuché un estallido de vidrios rotos, que provenía del piso superior. Las ventanas se sacudían. Estaba preocupado. Sabía que las esquirlas de un obús podían causar incendios. Tenía que ver qué estaba pasando. Al subir las escaleras, me azotó un viento gélido que salía de mi habitación. El ventanal que daba al patio había volado en pedazos y el piso estaba sembrado de astillas. Al caer, había arrastrado la gruesa cortina que protegía el ambiente contra la luz y las corrientes de aire. No había rastros de incendio. Apilé mis libros, mantas y ropas sobre la cama y los envolví en una sábana. Nuevamente, empezaron a oírse las ametralladoras. No había tiempo para pensar. Cerré la puerta y corrí escaleras abajo, murmurando “¡Feliz año nuevo!”



02/1996 © CICR/AHAD, Zaimai

Kabul. El centro ortopédico del CICR fabrica miles de prótesis de pie.

El CICR inauguró su primer centro ortopédico para amputados de guerra en Kabul en 1988. Como no se consideraban cuestiones prioritarias, la fabricación de prótesis y los servicios de fisioterapia se suspendieron en cuanto se intensificaron las hostilidades, y el centro permaneció cerrado durante semanas. Pero, al ver centenares de personas con una sola pierna por las calles y, conscientes de la medida en que una prótesis puede mejorar su calidad de vida, cambiamos de idea. Desde 1994, el centro de ortopedia en Kabul permanece siempre abierto y suspende sus actividades sólo cuando resulta imprescindible (a menudo, por unas horas solamente). El centro ha cambiado su ubicación cuatro veces y el taller se instala y desmantela en tiempo récord, gracias a la dedicación de los colaboradores afganos, que son, en su mayoría, ex pacientes discapacitados. Hoy, al recordar esos tiempos, me pregunto cómo hicieron para salir adelante en esos días tan dramáticos. Me admiraba su espíritu de lucha. Eran imparables.



01/01/1997 © CICR/DAGOE, Jan

Kabul. Combatientes talibanes.

Oímos hablar de los talibanes por primera vez en 1994. Los rumores se difundieron con rapidez. “Gente de Kandahar, posiblemente de Pakistán” - “Pelean contra los señores de la guerra, los echan a puntapiés” - “¡Están eliminando los puestos de control y sacando a los bandidos de las carreteras! ¡Y no roban!” - “Pero, ¿quiénes son?” - “Si traen la paz, serán bienvenidos, sean quienes sean”. Pero no terminó así. Las cosas se pusieron mucho más difíciles.



25/09/1998 © CICR/PAGETTI, Franco

Kabul. Mujeres viudas esperan en la cola de un centro de distribución de socorros.

Entre 1995 y 2001, el apoyo para las viudas y las personas discapacitadas quedó enteramente en manos de las organizaciones internacionales, entre ellas el CICR. Una mujer me dijo que fue la experiencia más triste de su vida, no tanto por el esfuerzo que representaban las largas horas de espera, al rayo del sol o bajo la lluvia, sino por la humillación. “Soy maestra, siempre trabajé. Esto es pedir limosna”. Pero, estaba agradecida por los alimentos que mantenían con vida a sus familiares. Como sucedió con miles de otras mujeres, cuando llegaron los talibanes perdió su trabajo. Al ser viuda con cuatro hijos y sin hermanos ni familiares políticos que la ayudaran, había padecido angustiosas penurias, sin poder hacer nada para remediarlas. Cada distribución era un mar de burkas azules, lilas o amarillas, que se mecían suavemente. Figuras idénticas, sin identidad. Esas figuras me perturbaban.



12/2001 © CICR/DRIESSE, Christophe

Aldea de Shibartu, provincia de Bamiyán. Miembros de la etnia hazara en un punto de distribución de alimentos.

Sitiados por los talibanes, los hazaras que lograron huir se refugiaron en la parte superior de sus valles, unos lugares extraordinariamente bellos pero con unas condiciones de vida deplorables. Pasó mucho tiempo antes de que nos llegaran noticias acerca de la dramática situación de los hazaras. El CICR finalmente logró llevarles socorros y ayudarlos, no sin afrontar enormes dificultades y con grandes demoras. Para ese entonces, muchas de las personas desplazadas habían muerto de hambre o de frío.



04/1995 © CICR/MARCO, lavelli

Bamiyán. Joven amputado frente a un buda del siglo V, de 53 metros de altura.

La imagen es un recuerdo de lo que se ha perdido para siempre. Marzo de 2001. Al principio, nadie lo creyó, pero después, las fotografías confirmaron la noticia. Los budas de Bamiyán habían sido destruidos. Estas obras de arte únicas habían sido esculpidas en el siglo IV o V, y eran admiradas por millones de peregrinos y turistas de todos los países. Formaban parte del patrimonio de la humanidad y eran el orgullo del pueblo afgano. “Todos los símbolos paganos han de ser destruidos”, dijo un talibán a los periodistas cuando terminaron de demoler las estatuas. Necesitaron cuatro días de prueba y error para aniquilar obras maestras que habían sobrevivido intactas por más de un milenio. Este acto fue objeto de muchos debates en los medios de todo el mundo. Más que la pura locura iconoclasta, el motivo principal de este acto fue la venganza, ya que los talibanes deseaban castigar a Occidente por su negativa a reconocer el Emirato Islámico de Afganistán. Vi a muchos afganos llorar al enterarse de la noticia.



01/2001 © World Picture News/
HAKIMI, Abdul Qadir

Kabul, noviembre de 2001. El CICR recoge los cadáveres de los talibanes muertos durante su retirada. Por respeto a la dignidad humana, es urgente sepultar los cadáveres abandonados en el camino. Hay cuerpos en muchas partes de la ciudad. En Shar-e-Naw, el centro de la ciudad, contamos casi veinte. Los primeros cuatro que encontramos estaban horriblemente mutilados. No sabemos cómo sufrieron semejante fin. En el parque había doce más. Se habían separado de sus colegas durante la retirada y habían buscado refugio en las copas de los árboles, desde donde, según nos contaron, comenzaron a gritar y disparar a la gente, antes de transformarse ellos mismos en blancos fáciles. Todo ellos eran muchachos jóvenes, probablemente extranjeros. Tras recomponer los cuerpos lo antes posible, los numeramos y fotografiamos en caso de que sus familiares vinieran a buscarlos.



09/2002 © CICR/HEATHCOTE, Carlo

Kabul. Reconstrucción de viviendas.

A principios de 2002, los refugiados afganos empezaron a regresar desde Pakistán e Irán. Una experiencia nueva y admirable para Afganistán: este fragmentado país comenzaba a reconstruirse. Todos los días, llegaban a la ciudad camiones colmados de bultos, muebles y bicicletas. Los hombres y los niños viajaban sentados sobre los enseres domésticos. Los más jóvenes nunca habían visto Kabul o, después de tantos años de ausencia, habían olvidado cómo era. Las mujeres y las niñas se sentaban más abajo, envueltas en sus burkas, y miraban en derredor con curiosidad. Hubiese sido maravilloso, si los recién llegados se hubieran encontrado con viviendas, fábricas, escuelas abiertas y hospitales. En cambio, cuando llegaron, tuvieron que arreglárselas por su cuenta y sobrevivir como mejor podían. La primera prioridad era encontrar una vivienda. Desde entonces, en Kabul la industria de la construcción está en auge y se aprovechan todos los espacios. Los ricos construyen increíbles mansiones en las zonas residenciales, con columnas, mosaicos y enormes paredes de vidrio; los pobres, unas pocas habitaciones en la pendiente de las colinas, que violan las normas de urbanización y que pueden ser demolidas en cualquier momento.



08/2004 © CICR/VOETEN, Teun Anthony

Provincia de Zabul, distrito de Kak Afghan. Tras recibir información de que podría haber talibanes escondiéndose en la aldea de Gozak, la Compañía C registra el lugar. Los soldados echan una puerta abajo a puntapiés.

En muchos lugares, la guerra está lejos de haber terminado. El número de soldados extranjeros crece sin cesar. “Cada búsqueda que realizan los estadounidenses es un golpe al proceso de paz”, dice un residente de Zabul. “Entran en nuestras casas, violan nuestra intimidad y aterrorizan a nuestros niños. Nunca se lo perdonaremos”.



09/2003 © CICR/WA HIDI, Farzana

Kabul, distrito 7. Mujeres leen folletos de educación sobre el peligro de las minas.

Nadie sabe cuántas minas y otros restos explosivos de guerra han quedado sembrados en Afganistán. Todos los días, se registran al menos dos incidentes (en 2002, se producían unos 15 por día). Además de las tareas de desminado, son fundamentales las actividades de prevención, canalizadas a través de programas de sensibilización sobre las minas, sobre todo para los niños y las mujeres y, en general, para todas las personas que no acceden fácilmente a las noticias y la información general. Muchas de las víctimas siguen siendo los hijos de familias pobres que recogen y venden chatarra, a pesar de que esa práctica se haya prohibido.



08/10/2005 © CICR/MOECKLI, Olivier

Herat, Centro de ortopedia del CICR. Una víctima de las minas terrestres en el área de entrenamiento.

Los centros de ortopedia del CICR constituyen un importante punto de apoyo para las personas que han perdido alguno de sus miembros debido a las minas terrestres. Al principio, estas personas están asustadas y desorientadas, pero pronto aprenden a ponerse de pie y a caminar de nuevo. Pero, con los años, he cobrado conciencia del hecho de que, cuando uno pierde un miembro, también pierde parte de su vida, de su corazón y de su mente. Y, aunque uno reciba una pierna de plástico, ¿quién le devolverá las otras cosas perdidas? La mayoría de los amputados que atendemos son hombres de entre 20 y 35 años: es la edad en que se casan, tienen hijos y trabajan para mantenerse a sí mismos y a sus familiares. De pronto, lo pierden todo, tal vez para siempre. Dependen de los demás y sus perspectivas para el futuro son sumamente desfavorables. En Afganistán, no hay planes de seguros, ni servicios de salud ni programas de asistencia social. ¿No son éstas razones válidas para desesperarse? Muchas personas discapacitadas se recuperan de la depresión cuando se les ofrece un trabajo o reciben un micropréstamo para iniciar una pequeña empresa. Sin embargo, hay quienes no responden a nuestros intentos de ayudarlos.



29/03/2006 © CICR/LOUIS, Virginie

Provincia de Kunduz. Un colaborador entrega un mensaje de Cruz Roja a los familiares de un hombre detenido en Guantánamo.

El momento de la entrega de un mensaje de Cruz Roja siempre provoca grandes emociones. Un objeto que ha estado en manos de una persona que se encuentra muy lejos llega hasta sus familiares, y trae un mensaje. Los padres, madres e hijos de esa persona besan el papel como si se tratara de una reliquia sagrada. El contacto se ha restablecido y hace que la esperanza crezca.



23/10/2007 © CICR/KOKIC, Marko

Kandahar, cárcel central. Delegados de protección del CICR visitan a 200 detenidos de seguridad.

En varias ocasiones, acompañé a los colegas del programa de “protección” mientras visitaban las cárceles. Su trabajo consistía en registrar los datos de los detenidos recién llegados, mantener conversaciones privadas con los detenidos, recoger mensajes para sus familiares y velar por que las condiciones de vida en las celdas cumplieran las normas de humanidad. En cada visita, encontrábamos detenidos discapacitados con las prótesis rotas y, puesto que las autoridades nos prohibían trasladarlos al centro de ortopedia, los reemplazos de prótesis se realizaban en el lugar de detención. La curiosidad que sentí ante la perspectiva de ver el interior de una cárcel se desvaneció con la primera visita. Ni bien traspuse el pesado portón, se apoderó de mí una sensación de angustia. Nuestros delegados tenían que enfrentarse con esta situación todos los días. Ya era difícil escuchar los relatos de los detenidos y ser testigos de tratos que menoscababan su dignidad; pero, participar en largos debates con las autoridades penitenciarias para tratar de garantizar unas condiciones de vida dignas para los reclusos me parecía casi imposible. El diálogo y la persuasión son las técnicas que aplica la Cruz Roja. Si el director del centro de detención no cumple sus obligaciones, la queja se eleva a los niveles superiores, incluso al ministro o al jefe de Estado. Este proceso se realiza sin escándalos y sin dar información a los medios de comunicación, ya que esto se volvería contra los propios detenidos y empeoraría la situación. A menudo, los delegados y los intérpretes salían de las interminables reuniones exhaustos y frustrados. Yo hubiese querido gritar a los cuatro vientos lo que estaba sucediendo. Pero, había que morderse la lengua.



20/10/2010 © CICR/HOLI, Kate

Kandahar, oficina del CICR. Los familiares hablan por videoconferencia con un pariente detenido en Guantánamo desde hace nueve años.

En 2008, se introdujo un servicio nuevo para las personas detenidas en la prisión estadounidense de Bagram, un centro de máxima seguridad situado 60 kilómetros al norte de Kabul, un Guantánamo dentro de Afganistán: una conexión de videoconferencia entre la oficina principal del CICR en Kabul y la prisión. Numerosos hombres, mujeres y niños se reúnen allí con regularidad para ver y oír a sus parientes detenidos desde hace años y comprobar que siguen con vida. Casi todos vienen de zonas rurales; son personas sencillas, intimidadas por la televisión y los micrófonos. Lloran, ríen, hablan todos a la vez, tocan la pantalla. Pero, actualmente, los familiares hasta pueden ver y hablar con sus parientes detenidos en la verdadera Guantánamo, del otro lado del mar. ¡Viva la nueva tecnología!



26/10/2007 © CICR/KOKIC, Marko

Kabul, palacio de Darulaman. Afganistán y su pueblo han soportado casi treinta años de guerra.

“El palacio de Darulaman era nuestro orgullo. Ahora, es nuestra vergüenza. Lo hemos destruido con nuestras propias manos”, me dijo un viejo tendero. “¿En qué nos hemos convertido?” Un triste estado de cosas, cuando se piensa en el potencial de los afganos. Con su combinación de inteligencia, curiosidad y sentido común, aprenden con rapidez y pueden adaptarse a situaciones muy peligrosas y difíciles con humor y habilidad; tienen gran resistencia física (en parte, debido a la inexorable selección natural determinada por la mortalidad infantil), y son trabajadores incansables. Sin embargo, se han transformado en uno de los pueblos más desdichados de la tierra.

